

na, nacida en Mar de Plata, empezó trabajando como modelo y "cover-girl"; cursó estudios en la Escuela Nacional de Danza de Buenos Aires, y cursó estudios teatrales durante cuatro años con Juan Carlos Gené. Tras varios años de trabajo teatral y musical, realizó en 1968 su primer "show" unipersonal, "La Hortaliza", de Briski. Siguen a éste varios espectáculos, entre los que hay que destacar "Las mil y una Nachas" —premio de la crítica argentina en 1973— y, anteriormente, una puesta en canción de poemas de Mario Benedetti. En 1974, amenazada por la organización terrorista AAA, de extrema derecha, ha de abandonar el país y pasa a residir en México. En 1975, Nacha vuelve a Buenos Aires, donde estrena una nueva versión de "Las mil y una Nachas". La noche misma del estreno, una bomba colocada en el escenario del teatro interrumpe la representación, y Nacha Guevara se ve forzada a exiliarse de nuevo. Vive desde entonces en México, y esta es su primera actuación en nuestro país.

El espectáculo que presenta Nacha Guevara en el Valle-Inclán es una muestra bastante completa de lo que ha sido su trabajo hasta ahora: sobria, vestida de "smoking" —que a veces sustituye por un "maillot"— y con el pelo corto peinado hacia atrás, interpreta una gama de canciones que van desde el más puro cabaret en la primera parte, hasta canciones "de texto", en la segunda. Acompañada por el excelente pianista Alberto Favero, que subraya musicalmente su interpretación, Nacha realiza un trabajo asombroso de buena interpretación: canta y baila, consiguiendo transmitir la emoción de los textos, e incluso potenciar algunos que no son excesivamente brillantes. No hay en su interpretación la menor pretensión; aunque interpreta algunos textos de clara intencionalidad política, Nacha Guevara no cae nunca en la pretenciosidad de algunos cantantes "de protesta"; es precisamente la "frivolidad" aparente del vehículo expresivo que utiliza lo que la salva de caer en la extremosidad de la "denuncia", que sólo sirve muchas veces para enmascarar una carencia de valía artística.

Faltaba en nuestros escenarios una figura internacional de este talante, y de su talento, que viniese a demostrar que este tipo de espectáculo, marginado o

convertido en pobre exhibición de clubs nocturnos, tiene también una gran dignidad, y puede —como cualquier otro tipo de expresión— ser vehículo adecuado para un mensaje testimonial y revulsivo. ■ EDUARDO HARO IBARS.

ARTE

Los artistas catalanes, y algo más, en homenaje a Rafael Alberti

Los que pensaron y organizaron el homenaje a Rafael fueron, sí, los catalanes. Pero no fueron ellos solos los que concurren. Algún que otro artista de más allá de los Pirineos también mandó su obra. Y bastantes otros de los que realizan su trabajo al Sur del Ebro: los que tuvieron noticia del homenaje; los que pasaron cerca del círculo de organizadores y pudieron unirse al mismo, los avisados y fervorosos de nuestro Rafael...

Ya vendrán los homenajes que tienen que venir cuando él pise nuestra tierra, que es la suya... Mientras tanto, mientras él no pueda venir —por solidaridad con los que no tienen autorización para ello ni libertad para ello—, mientras él no pueda estar entre nosotros, está muy bien ese homenaje que han pensado y organizado los artistas de Cataluña. ¿Pero en qué consistía el homenaje? En casi nada más que en el hecho de que los artistas estuviesen allí presentes con lo más significativo de sí mismos que pudieran presentar: no con su vida, sino con su obra...

¿Pero por qué consideraron los artistas de Cataluña —y todos los otros artistas no específicamente catalanes que concurren, y todos los otros, los que sin ser artistas nos sentimos comprendidos en el homenaje—, por qué ese homenaje? ¿Era un homenaje al gran poeta Rafael Alberti? ¿Era un homenaje al hombre que dejó de ser pintor para ser poeta, pero que siempre mantuvo el rescoldo de la pintura dentro de sí? Sí, también era

eso. Pero, sobre todo, era un homenaje al ciudadano Alberti, al hombre que no defraudó nunca, al que siempre estuvo en la brecha de la mejor causa, al que siempre quiso estar con su vida y con su obra en la trinchera de la justicia.

Nadie faltó. El que no estuvo en el homenaje es porque no estaba en Barcelona. Pero, sobre todo, no faltaron aquellos cuya edad —joven o relativamente joven— parecía obligarlos a ello, desde Tapiés, Guinovart, Sempere y Cardona Torrandell hasta Pilar Perdiges, Grau y Tur Costa... Me emocionó ver allí, entre gente mucho más joven, la presencia de algún maestro como Josep Hurtuna o como Wil Faber, los cuales nunca negaron su vocación joven... Allí estaba María Girona y, claro, Albert Rafols-Casamada; Juana Francés y, por supuesto, Pablo Serrano. Estaba allí Carmen Aguadé —cuyo nombre evoca muchas cosas para los barceloneses— y Salvador Soria, y Vila Grau; estaba Sixto —del grupo d'Elx, creo— y Ricardo Zamorano, que ya vive en Madrid, pero que es vernacularmente de Valencia, esto es, de la Gran Cataluña...



Composición de Guinovart.

Allí estaba Roser Bru, que se incorporó a Cataluña desde que a su Chile lo perdió la democracia. Y estaba mi entrañable Esther Boix, la que nunca falla cuando se trata de apoyar acciones democráticas... ¿Pero voy a mencionar a todos los nombres que asistieron con su contribución al homenaje? No, no se trata —no se trataría— de eso, pues en teoría esta crónica debe ser mínimamente crítica, ¿y cómo sería posible la crítica de algo tan amplio? Debo, sí, decir que esta exposición homenaje fue tan amplia que requirió la colaboración de una serie de galerías; las siguientes: Adriá, Dau al Set, Eu-

de, Gaspar, Maeht y Galería 42, con la adhesión de René Metrá y Ciento.

En el magnífico catálogo que se editó al efecto había colaboraciones literarias —glosadoras todas ellas de la obra de Alberti— de Josep Valles Rovira, Joaquín Marco y Manuel Vázquez Montalbán...

Como Manolo Vázquez Montalbán es mi compañero —compañero en estas páginas y mucho más—, me considero autorizado a utilizar parte de su introducción, porque me parece que son palabras que justifican ese homenaje a Rafael. Dicen así:

"Decía Pasolini que él no descubrió la falacia del fascismo leyendo a Togliatti o a Gramsci. La descubrió leyendo a Rimbaud. Frente a la mentira de la cultura literaria oficial descubrí la verdad en la verdadera poesía". No diré yo que a muchos españoles de mi generación nos haya pasado otro tanto, porque había sobrados flagrantes motivos en la más inmediata realidad de todas las mañanas para descubrir la verdad o la mentira política. Pero es indudable que descubrir a Lorca, Moreno Villa, Altolaguirre, Prados, Rejano,

Cernuda, Salinas, Neruda, Miguel Hernández y Alberti, alineados en el bando de la calidad literaria y de la justicia histórica era la gota que faltaba para el colmo del vaso de la lucidez".

No quiero seguir citando a Manolo Vázquez Montalbán, porque tiene tanta razón en sus razones que no quiero abusar. Pero ésas son, por ahí empiezan las razones por las cuales la gente como nosotros empezamos a identificarnos con Rafael y, más tarde, decidimos —como ahora han decidido los amigos catalanes— hacerle ese homenaje. ■ JOSE MARIA MORENO GALVAN.